

Un acerico hecho por Adoración.

Un bolsillito de seda, regalo de doña Catalina.

El gorrito de encaje zurcido en mil partes que le había comprado Víctor con el producto de su primer cuadro.

Tres rizos de pelo, uno castaño claro y dos negros que Evangelina había cortado de las cabezas de doña Catalina, Adoración y Víctor.

Y, por último, un pequeño estuche de piel de zapa.

La condesa lloró largo rato sobre aquellos objetos, que la traían á la memoria la época más dichosa de su vida, y después abrió el estuche.

Contenía éste unos pendientes de oro muy sencillos, pero sumamente lindos y adornados de algunas diminutas turquesas, y un brazaletes que figuraba una estrecha cinta de oro, enriquecido también con algunas turquesas del tamaño de las otras; mas las del brazaletes estaban colocadas de modo que formaban las dos iniciales de su nombre y apellido.

Estas modestas, pero elegantísimas alhajas, le habían sido regaladas por su prima un día de su cumpleaños, y Evangelina, que desde que era desgraciada amaba con pasión cuanto la recordaba á la familia que había abandonado, las guardó en la caja de sus recuerdos, en ese santuario que tiene la mujer y que oculta con cuidado á la vista de todos.

Nada dará mejor una idea de lo caras que eran para la condesa de San Telmo las memorias de su familia que el saber que las confundía con los objetos que le recordaban á sus hijos y que las guardaba en el mismo sitio.

—¡Oh!—murmuró enjugándose el llanto que bañaba sus ojos.—¡Oh, gracias, Adoración! Aun desde tan lejos amparas á esta desdichada que tanto amabas y que quizá todavía conservas con enternecimiento en tu memoria. ¡Plugiuese al cielo, ¡oh mi amada niña!, que jamás me hubiese separado de ti.

La condesa, al formular este pensamiento, quería engañarse á sí propia acerca de otro que bullía desde algún tiempo en el fondo de su alma.

Más de una vez, en el silencio de sus solitarios días, había recordado con intensa amargura el noble, inmenso y desinteresado amor de su primo, que había enmudecido, sin embargo, al saber que ella amaba á otro, y que jamás se había permitido la más leve reconvencción.

Más de una vez, al sentir la cruel indiferencia de su esposo, había comparado la suerte que sufría con la dicha que podía haber disfrutado uniéndose con eternos lazos al generoso Víctor, y la pobre Evangelina, por una de esas incomprensibles anomalías del corazón humano, había sentido desarrollarse en su alma, al paso que

era más desgraciada, un tierno cariño por el compañero de su infancia.

Por eso aquella noche, al poner en la caja el gorrito de encaje que Víctor la regaló cuando era niña, le besó más apasionadamente que á todos los demás objetos que fué colocando sucesivamente. En seguida tomó el estuche que encerraba sus únicas alhajas, y volvió á su tocador, donde ya se impacientaba Octavio.

—Retírate, Paulina—dijo al entrar á la camarera;—yo misma me pondré las joyas que he resuelto llevar esta noche.

La joven, con el instinto de admirable delicadeza innato en ella, no quería que las manos mercenarias de una criada tocasen aquellos objetos que le eran tan sagrados.

V

Evangelina se puso los pendientes delante del espejo y abrochó en su brazo izquierdo el brazalete, procediendo acto continuo á ponerse los guantes blancos, largos hasta medio brazo y abrochados con botones de filigrana de oro, mientras que Ana, la camarera compañera de Paulina, perfumaba su pañuelo de batista, guarnecido de un riquísimo encaje de Valenciennes.

En aquel momento se oyó la campanilla del portero que anunciaba una visita, y un instante

después apareció Paulina con un enorme ramillete de camelias y violetas de Parma.

—Un lacayo con una librea que no conozco—dijo—acaba de traer estas flores para la señora condesa, y en el gabinete azul espera don Anselmo González.

—Este presente no debe ser para mí—dijo Evangelina admirada;—devuélvele al lacayo que lo ha traído, Paulina, y dile que sin duda se ha equivocado.

—El portador se ha marchado ya, señora—contestó la doncella.

Entre tanto, Octavio, que había tomado el ramillete, se ocupaba en examinar una pequeña tarjeta que estaba sujeta á la magnífica cinta con que venía atado.

—Espera, espera, querida—dijo á la condesa, que pisaba el umbral para ir á buscar á don Anselmo;—deja por un instante á ese viejo posma, y mira aquí el nombre de la persona que te envía este precioso ramillete; es, continuó leyendo la tarjeta, *lord Williams*.

—Aun debo aceptarlo menos ahora que sé de dónde proviene—repuso la condesa con desprecio.

—¡Qué disparate!... Pues qué, ¿se desdeñan así como se quiera, en el mes de Enero, las camelias blancas y las violetas de Parma? Tú ramo va á dar golpe en la embajada.

—Difícil lo veo—contestó Evangelina—porque no pienso llevarle; tú sabes mejor que nadie las razones que tengo para negarme á ello.

—¡Soberbias razones á fe mía!—exclamó el conde soltando una ruidosa carcajada.—¡Hacer un feo semejante á lord Williams porque te dirige alguna galantería! Por otra parte, ¡hay nada más razonable que el que te encuentre hermosa!

—Te aseguro, Octavio—murmuró Evangelina encarnada como una cereza—que no llevaré ese ramillete; no quiero alentar las esperanzas de ese hombre.

Al pronunciar estas últimas palabras salió la joven del tocador, enjugándose las lágrimas abrasadoras que el orgullo ofendido había hecho brotar de sus párpados.

Octavio la siguió con el semblante trastornado por la cólera, y ambos entraron á un mismo tiempo en el suntuoso gabinete ya descrito, en el cual estaba todavía de pie don Anselmo.

El conde le miró con torvos ojos; era la primera vez de su vida que se había dejado contradecir y que un sér se rebelaba contra sus deseos, y justamente este sér era la persona de quien menos lo aguardaba, porque la buena, la paciente Evangelina carecía para su esposo hasta de voluntad.

Por una de esas obcecaciones tan comunes en los caracteres iracundos, pensó que la resisten-

cia de la condesa nacía de que, avisada de la presencia de don Anselmo, esperaba encontrar amparo en el anciano.

Octavio, aunque sabía muy bien que lord Williams rodeaba á Evangelina de una persecución continua, aparentaba ignorarlo ó no creerlo porque así convenía á sus miras.

Al entrar en el gabinete lanzó, como hemos dicho, una iracunda mirada al anciano.

—El traje con que nos ve usted—le dijo después con voz destemplada—debe darle á conocer, caballero, que apreciaremos la brevedad de su visita.

Por más falto de mundo que fuera don Anselmo no pudo menos de mirar con asombro al conde, preguntándose si era cierto que el amigo de su hijo le arrojaba de su casa; pero cuando la burlona expresión del semblante de aquél le hizo comprender la verdad, se irguió á su vez frío, recto y severo.

—Si me he incomodado, señor conde—dijo—en venir aquí á una hora tan intempestiva, ha sido para avisar á usted que mañana al medio día va á embargar á usted la justicia esta casa y cuanto encierra para pagar á sus innumerables acreedores. Ahora, quede usted con Dios.

Don Anselmo besó en la frente á Evangelina, que se había dejado caer en un sillón llorando amargamente, y desapareció grave y silencioso.

El conde le siguió con una mirada de asombro; cuando le hubo perdido de vista, cruzó la estancia á grandes pasos; luego salió presuroso, corrió al tocador de Evangelina, tomó el ramo y volvió al gabinete, tirando con fuerza del cordón de la campanilla.

—La berlina azul—dijo á Roberto, que se presentó.

Volviéndose después á la condesa:

—¡Toma estas flores y sígueme!—la dijo asiéndola de un brazo y echando chispas por los ojos.—Al salir del baile—añadió con voz trémula—he de pedir á lord Williams el dinero que necesito para pagar mis deudas... De ti depende que ese hombre me lo dé; pero si por una imprudencia tuya me lo negase, te juro, Evangelina, que estas flores adornarán tu sepultura.

Estas bárbaras palabras resonaron como un eco fúnebre en el corazón de don Anselmo, que se había quedado en la antecámara hablando con Roberto.

VI

La embajada de Francia, suntuosamente iluminada, dejaba escapar á través de las vidrieras de los balcones ecos melodiosos y ráfagas de luz.

Una larga fila de coches, situada delante de

la puerta, daba á conocer el gran número de personas que guardaban en sus ámbitos los espléndidos salones.

Confundíanse allí desde el blasonado carruaje guiado por el colosal cochero inglés con su correspondiente cazador cubierto de oro, hasta la carretela de alquiler, cuyo auriga envolvía su cuerpo en el grosero capote oscuro y sus manos en el sucio guante de algodón.

No era esto extraño, porque la embajada de Francia reunía aquella noche á todas las notabilidades aristocráticas, políticas, financieras, artísticas y literarias, y ya se sabe que desgraciadamente las dos últimas no suelen tener nunca el dinero tan de sobra que les sea dado sostener un carruaje.

La llegada de la berlina del conde de San Telmo produjo cierto movimiento en los cocheros de la aristocracia, que, desdeñándose hasta de dar las buenas noches á los groseros guías de los carruajes de alquiler, se habían reunido en un ángulo de la calle y sostenían una conversación muy animada.

La berlina paró enfrente del palacio; el brillante cazador saltó al suelo y, quitándose su sombrero galoneado de oro y adornado de un plumero blanco, que hubiera hecho honor á un capitán general, fué á abrir la portezuela, mientras que el señor Harlow, obeso cochero escocés

que ostentaba un pelueón empolvado y un vestido cuajado de oro, permaneció inmóvil en su sitio, ni más ni menos que los dos volantes que ocupaban la trasera.

No bien el cazador hubo abierto la portezuela se apeó Octavio y alargó la mano á la condesa con la misma cariñosa galantería que si fuera su más apasionado amante.

Evangelina estaba pálida en extremo; sólo entonces, desde la salida de su casa, había levantado la cabeza, que dobló sobre el pecho al sentarse en el carruaje. Sus ojos, asombrados, miraban sin ver, y en la mano tenía como maquinalmente el hermoso ramillete consabido.

—Ya está aquí el conde de San Telmo—dijo uno de los cocheros aristócratas;—reparad en la condesa y veréis qué divina es.

—¡En verdad que es muy bella!

—Pero dicen que es tal su manía de dar limosnas, que se priva hasta de vestir con decencia.

—Pues muchas obras de caridad debe hacer—dijo otro—porque el conde es inmensamente rico.

—He aquí una manía—añadió un tercero—que me hubiera enternecido profundamente hace dos años al venir de mi pueblo; pero en el día me hace reír. Madrid tiene la virtud de aparentar...

—Esa buena señora viste siempre con una sencillez que ya raya en pobreza.

—Por eso afirman Harlow y Roberto que el conde no es muy dichoso con ella; siempre se niega á salir con él, y si alguna vez no puede evadirse de hacerlo va tan modestamente ataviada, que... Ya se ve, se ha criado en una aldea y nunca podrá llegar á tener los hábitos de una dama del gran mundo.

—Sin embargo, es muy bella.

—Y tiene un aire muy distinguido.

—¡Ea, ya entraron!—exclamó cortando las alabanzas de los lacayos uno de tantos.—Voy á llamar á Antonio... ¡eh... chist!... ¡Antonio!

El cazador se aproximó al grupo.

—Buenas noches, Antonio—dijeron en coro todos los que lo componían.

—¡Hola, me alegro de veros!—dijo el cazador.—¿Quién de vosotros quiere venir á tomar el té á mi casa?

—¡Cómo! ¿Das té en tu casa?

—En la de mis amos.

—¡Yo, yo, yo!—gritaron casi todos.

—Pues á la una os espero; creo que hasta las cuatro lo menos no tendréis que volver á buscar á los señores, porque esa es la orden que tengo yo; las muchachas de casa me encargaron que llevase á algunos amigos para animar la reunión, y si venís vamos á pasar un buen rato.

—Pues hasta luego—dijeron los convidados separándose.

Después se acomodaron en sus coches para conducirlos á sus respectivas casas y asistir al convite á la hora convenida.

Entre tanto el conde y la condesa de San Telmo habían entrado en el salón.

La pobre Evangelina se creía presa de un sueño horrible; aquella multitud de luces desvanecía su vista, y su combatida inteligencia no podía comprender el doloroso contraste que formaba aquel fausto y alegría, aquellos rostros radiantes de placer con las bárbaras palabras que su marido había pronunciado al salir de casa y que todavía zumbaban en sus oídos.

Contestó maquinalmente al afectuoso cumplido que la dirigió la embajadora y se dejó llevar por ella á un asiento inmediato al suyo.

Un instante después rodeó á entrambas una turba de jóvenes aristócratas y perfumados, atraídos por la hermosura de Evangelina, realzada admirablemente por la sencillez de su traje.

La joven no respondía apenas á las galanterías con que la agobiaban; tenía sus ojos fijos en el ramo fatal, que, según había oído, debía servir para *adornar su sepultura*, y la absorbían tanto estas palabras, que nada percibía de cuanto la rodeaba.

De repente llegó á sus oídos la voz de lord

Williams, que se había acercado al grupo y que la invitaba para un wals que preludiaba ya la orquesta.

La desgraciada joven fijó en él sus ojos extrañados de terror, y ya iba á contestar negativamente, cuando su mirada se encontró con la de su esposo, que estaba recostado contra la puerta y al parecer hablando con el embajador de Francia, pero en realidad fijando en ella sus iracundos ojos.

Desesperada, vacilante, tendió su vista por el salón como para buscar socorro; mas sus pupilas se dilataron y su boca entreabierta no pudo contener un grito de sorpresa y de alegría; inmóvil al otro lado de la puerta estaba su primo Víctor de Sandoval.

Vestía de negro, y en los ojales de su frac se veían dos ó tres cintas, que significaban otras tantas condecoraciones extranjeras; sus bellas facciones tenían impreso un tinte de dolorosa tristeza, y sus rasgados ojos negros, fijos en la condesa, expresaban una ternura infinita.

Los brillantes acordes de la música ahogaron el grito de Evangelina, de tal modo, que ni aun la embajadora se apercibió de él; creyendo ésta que la condesa iba á bailar con lord Williams se levantó para ir á recibir á otras señoras que aparecían en el salón.

Lord Williams era un joven de treinta años,

de elevada estatura, cabellos dorados y ojos azules; sus enormes patillas rubias, sus delicadas facciones y su imperturbable gravedad británica le hacían pasar por una de las más notables figuras de la aristocracia; cuando salió de la nebulosa Albión era tímido como una colegiala; pero seis años de estancia en la corte de España le habían hecho tan atrevido como el que más, lo cual no es de extrañar si advertimos que se había encargado de su primera educación amorosa una viudita andaluza, en cuyos negros y picarescos ojos se dejó prender el incauto adolescente, el cual echó de menos en su gabeta unas mil libras esterlinas que la hija espiritual del Mediodía le había gastado en tres meses.

Cuando lord Williams vió alejarse á la embaajadora se aproximó á Evangelina, lanzándola, como introito á sus primeras palabras, una mirada atrevida.

—¡Cuán bella está usted esta noche, querida condesa!—exclamó, dando á su voz nasal la más tierna entonación que le fué posible.

Sorprendida la joven de aquella osada franqueza, sintió que sus mejillas se cubrían del carmín de la vergüenza; jamás había visto á lord Williams más que en alguna reunión.

—¡Caballero!...—murmuró.

—No sabe usted, señora, cuán feliz me ha hecho dignándose traer mi ramillete! Su con-

descendencia me hace concebir mil risueñas esperanzas.

La voz de lord Williams vibraba dulcemente; quizá sentía por Evangelina un amor que no había sentido jamás.

Pero la condesa levantó la frente y clavó en él una mirada tan severa que le hizo bajar la suya.

—Desista usted de sus locos devaneos—dijo con voz trémula de indignación y sin acordarse de las amenazas del conde;—por mi parte le ruego que nunca vuelva á dirigirme la palabra.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!...—exclamó lord Williams con una carcajada que tenía mucho de amarga.—¿Y ha traído usted mi ramillete para eso?...

La condesa, poseída del más hondo despecho, arrojó al suelo aquellas flores que la abrasaban las manos, llamando de este modo la atención de cuantos estaban cerca de ella.

—No puedo decir á usted el motivo que me ha obligado á aceptarle—contestó volviendo á otro lado la cabeza para ocultar sus lágrimas, que no obstante vió perfectamente lord Williams.

Aquel llanto conmovió profundamente el corazón del calavera; recordó entonces cuanto el conde San Telmo le había dicho acerca de la súbita pasión que su mujer había concebido por él, y comprendió la virtud de Evangelina y la

cínica abyección del hombre al cual había unido su suerte.

—Permitame que la haga una pregunta: tal vez será la última, señora—dijo lord Williams á la condesa con tanto respeto como grande había sido antes su insolencia.—¿Ha exigido el conde que trajera usted al baile esas flores?

—Nada me pregunte usted, caballero—repuso la condesa, que no sabía contener el llanto—porque á nada puedo contestarle.

—La condesa se ha indispuerto—dijo lord Williams á la embajadora, que volvía á ocupar su asiento.

—Venga usted á mi cuarto, mi querida Evangelina—dijo ésta presentándola el brazo—quizás aquellas flores que tenía en la mano la habrán trastornado.

—Por eso las arrojó sin duda—se apresuró á observar lord Williams, midiendo al conde, que se acercaba, con una mirada de desprecio.

—Solicito el permiso de usted para retirarnos, señora—dijo Octavio.—Evangelina tiene tan mala salud, que tiemblo por ella. ¿Viene usted, Williams?—preguntó al lord.—Le ofrezco un asiento en mi carruaje.

—¿Olvida usted, señor conde—contestó Williams—que su carruaje no habrá vuelto todavía?

—¡Es verdad!—exclamó algo confuso el conde.

—Pero no se apure usted por eso—dijo el lord;—disponga de mi coche *entero*, porque yo no quiero ni debo acompañar á usted.

Al acabar de pronunciar estas palabras, saludó á Evangelina respetuosamente, y sin tomar la mano que le alargaba el conde, se confundió entre la muchedumbre del salón.

VII

Cuando los condes de San Telmo llegaron á su palacio serían apenas las dos de la madrugada, y, por consiguiente, la hora en que el té con que se obsequiaban los criados se hallaba en su mayor animación.

Sentados alrededor de la elegante mesa que ocupaba el centro del comedor estaban una rolliza francesa, ama de llaves; Paulina, Ana, Roberto, Antonio el cazador, el cochero Harlow, Andrés y otros cuatro ó seis lacayos de aquellos cuyos señores se encontraban en la embajada; también formaban parte de la alegre reunión tres camareras de otras tantas señoras, y la doncella del cuarto segundo de la casa, las cuales habían sido convidadas de antemano.

Los chineros estaban abiertos y en un completo desorden las vajillas que contenían; aquello era un verdadero y espléndido *buffet*, porque además del té y del café servido en elegantes

tazas de porcelana del Japón veíase cubierta la mesa de dulces, compotas, helados, fiambres, excelentes mariscos y abundantes vinos generosos.

Las muchachas se habían ataviado como para asistir á una boda; aunque, á decir verdad, algunas, al engalanarse, pensaban sacar de la fiesta, si no un marido, al menos un aspirante, lo cual no es un grano de anís en estos tiempos.

Ana y Paulina llevaban trajes de seda verde malva, con volantes, mangas y cuellos de encaje, y lazos de cinta en la cabeza, que tocaban á sus reducidas cinturas.

La gruesa ama de llaves tenía puesto un vestido de gro negro, una manteleta de terciopelo violeta y una enorme cofia llena de flores y cintas.

Las convidadas no estaban menos elegantes: una de ellas, morena, de ojos y cabellos negros, vestía un lindísimo traje blanco guarnecido de exquisitos encajes, que probablemente se había lucido ya en algún baile del Palacio Real, y que había sido descolgado del guardarropa de su legítima poseedora para acicalarse con él la coqueta doncella.

Los hombres llevaban generalmente frac negro y pantalón del mismo color, menos Harlow y los demás cocheros que tenían que volver á cumplir su obligación.

—Pues señor, lo dicho—exclamaba Andrés al mismo tiempo que el carruaje de sus amos entraba en la calle de Atocha;—si es cierto lo que Roberto acaba de contarnos, me largo de esta casa al amanecer; no quiero tener nada que ver con la justicia.

—Y tan cierto—contestó el ayuda de cámara y confidente del conde—como que lo sé por mi primo el alguacil; hoy, á las doce del día, se embarga por la justicia esta casa. Yo esperaré hasta el último momento para despedirme, porque ¡qué diantre! el amo me da lástima; cuando pienso en que una parte no pequeña de su fortuna ha pasado á nuestros bolsillos, la verdad, me estremezo, y...

—¡Vaya una salida!—dijo Paulina amostazada y haciendo un gesto de desdén;—¿acaso te ha venido muy de sobra? ¿No tenías que reunir algo para casarnos y hacerme un elegante traje de boda? Y á propósito, mira que no me contento con menos que con uno de brocatel y una mantilla de encaje.

—Y luego—añadió Ana—como ahora tiene que echarse á buscar donde servir, mientras le sale una casa de su gusto puede conseguir Roberto, con una parte del dinero que ha reunido, un destino decente y guardar el resto para ponerlo en el Monte de Piedad.

—Tienen razón las muchachas—gritó Andrés

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1960 1625 MONTERREY, MEXICO

que estaba un poco más alegre que de costumbre;—la caridad bien entendida debe empezar por uno mismo; yo así pienso, y por eso he guardado cuanto he podido.

—¡Bien dicho!—exclamó Harlow llenando su copa de Champagne.—¡Brindo por la moral de Andrés!

—¡A la propagación de la moral de Andrés!—gritó en coro la reunión, apurando las copas.

—¡Ea, esta noche, que es la última que costea el conde, pasémosla lo mejor posible!

—¡Sí, sí, viva la alegría!

En aquel momento la campanilla del portero, que hacía media hora que se agitaba con furia, fué sacudida tan violentamente, que llegó, aunque algo confusa, á oídos de los convidados.

—Me parece que llama Lázaro—dijo Ana.

—¡Quién ha de venir á estas horas!—repuso Roberto.—¡Vaya, brindemos y bebamos!

Siguieron los gritos, los brindis y las exclamaciones, en tanto que el conde subía la escalera y llamaba violentamente á la puerta principal.

Al oír aquel ruido todos los convidados se levantaron como movidos por un resorte. Roberto corrió á abrir y Octavio entró pálido y con el semblante contraído.

—Di á Paulina y á Ana que bajen á buscar á la señora, que está en el coche desmayada—dijo, encerrándose en su cuarto.

Las dos jóvenes se precipitaron á los pocos instantes á la escalera y sacaron de la berlina á la condesa, que yacía privada de sentido.

La pobre Evangelina, al verse sola con su marido, fué presa de tan grande terror, que perdió el conocimiento.

Ana y Paulina la colocaron en su lecho y empezaron á hacerle aspirar sales para que volviese de su desmayo.

El conde se paseaba por su cuarto como un tigre enjaulado, murmurando palabras incoherentes; poco después cayó sentado y apoyó la frente en sus dos manos.

Extraño contraste formaba la suntuosidad de aquel magnífico aposento con la sombría desesperación de la persona que lo ocupaba; aquel hombre, vestido con un traje de baile, parecía presa de todos los tormentos del infierno.

Cuatro horas permaneció allí; cuando la primera luz del alba penetró en la habitación, amortiguando la de las bujías, un terrible estremecimiento recorrió todo su cuerpo; sin duda vió lucir entonces el día de la vergüenza, de la miseria, de la prisión tal vez, y lanzándose sobre su mesa de escritorio abrió uno de sus cajones con mano trémula y sacó de él una caja de pistolas.

Tomó una de ellas, la cargó con admirable tranquilidad, y paulatinamente desaparecieron

de su semblante las huellas de la desesperación, sustituyéndolas un tinte de brutal indiferencia. En seguida aplicó la boca del cañón á la sien y disparó...

Una nube de humo siguió á la detonación...

El desdichado Octavio dobló la cabeza sobre la mesa y sus ojos se cerraron para siempre.

.....
En el instante mismo en que se oyó la terrible detonación, una mujer se escapaba, corriendo desatinada, del cuarto de la condesa; era la misma Evangelina, que oyó la explosión en el momento de salir las doncellas, dejándola, al parecer, dormida, para determinar en compañía de los demás criados cuándo debían abandonar la casa.

Su imaginación se iluminó con un rayo de horrible luz, y la espantosa verdad vino ante sus ojos de repente; pero extraviada su cabeza por tantas emociones, no tuvo más pensamiento que huir de aquella casa que acababa de ser teatro de tan sangrienta catástrofe.

Abrió la puerta de la escalera y se lanzó llena de espanto á la calle, vestida aún con el traje de baile.

Al mismo tiempo entraba en el ancho patio un hombre que se detuvo asombrado al ver á la condesa, que prosiguió su carrera, salvando la puerta de Atocha, que acababan de abrir.

—¡Evangelina, Evangelina!—gritó entonces á sus espaldas la voz de don Anselmo, que la iba siguiendo penosamente y que casi la perdía ya de vista.

La desdichada se paró un momento; volvió hacia atrás sus extraviados ojos, y al ver á un hombre que la tendía sus brazos, le creyó un agente de justicia y emprendió de nuevo su desesperada fuga.

Ya hacía algunos instantes que corría al azar, y sus fuerzas la iban abandonando.

De repente se interpuso en su camino el canal. La condesa clavó su mirada con una expresión de reconocimiento infinita en sus aguas, y después de murmurar una corta oración se precipitó en ellas.

Gimieron las turbias ondas al recoger en su seno el cuerpo de Evangelina y siguióse después el terrible silencio de la muerte.